

FUNDAMENTOS POLÍTICOS DE *NUESTRA AMÉRICA**

Fabio Luis Barbosa dos Santos

INTRODUCCIÓN

Martí interpreta la consumación del legado democrático de la Guerra de los Diez Años como la vía para la conclusión de la formación cubana, donde la unidad en torno al ideal de la independencia apuntó hacia la superación de la heterogeneidad social y racial en dirección a la integración nacional. Apoyado en una sensibilidad relacionada con el movimiento de la historia mundial, el líder cubano identificó en la circunstancia antillana nuevas oportunidades y desafíos relacionados con la emancipación de las colonias ibéricas en el inicio del siglo. Por un lado, la acumulación de condiciones objetivas y subjetivas para la formación de la nacionalidad, precipitada por el enfrentamiento reciente, singulariza la lucha cubana, invirtiendo su posición con relación a las luchas en la América continental, donde la emancipación precedió a la nación. Por otro lado, la emergencia del expansionismo estadounidense coloca a los pueblos antillanos ante la necesidad inédita de luchar por la independencia en dos frentes simultáneos. Comprendiendo que en estas circunstancias la guerra es in-

* Traducción de Consuelo Rodríguez Muñoz.

evitable, el esfuerzo martiano se orienta obstinadamente en la organización del PRC como instrumento capaz de conceder racionalidad al proceso, asimilando las lecciones del conflicto anterior. Un programa de orientación democrática nacional y una estructura orgánica permeable al influjo popular son los antídotos adoptados contra el caudillismo y la desunión, subordinando el mando militar al liderazgo civil.

En el plano ideológico, consiente de la vulnerabilidad cubana, Martí inscribió la lucha por la independencia antillana en el dilema de la formación de América Latina bajo el imperialismo, afirmando la posibilidad y la necesidad de un proyecto de modernidad alternativa que involucrara al continente, cuya premisa es una inédita exaltación del estatuto civilizatorio de la cultura latinoamericana. En esta perspectiva, la causa antillana se revela decisiva para afianzar el equilibrio geopolítico del mundo, pero también como horizonte humanista alternativo.

Buscando reconstruir los nexos entre las exigencias de la política y el movimiento del pensamiento martiniano, este artículo está organizado en tres partes: inicialmente, analizamos la sensibilidad histórica que aborda la percepción de las potencialidades de la revolución cubana; a seguir, exploramos la estrategia política discursiva de esta lectura, que se traduce en la concepción de partido y en el proyecto económico que orientan su militancia; finalmente, verificamos cómo su visión crítica de la política externa y del padrón de sociabilidad de los Estados proyectan una dimensión geopolítica y humanista universal a su ideario revolucionario.

SENSIBILIDAD HISTÓRICA

Preso político a los diecisiete años, la pena de Martí fue cambiada por el exilio gracias a las gestiones de su padre, militar español que servía al reino en la isla. Sus vivencias en Espa-

ña, donde concluyó los estudios, coincidieron con la fugaz experiencia liberal de este país en los años setenta. Al llegar a la península, Martí podía alimentar las esperanzas de reforma, probable motivación para publicar el panfleto denunciante *El presidio político en Cuba*; la convivencia directa con el ambiente político español los desilusionaría rápidamente. De modo que aún joven, Martí asume la convicción inamovible de que la guerra es el camino necesario e inevitable para la independencia.

Su militancia partirá de este presupuesto, que está asentado en una doble percepción: de España como país atrasado, y de Cuba como un pueblo dotado de una notable modernidad potencial. Desde su punto de vista, el vínculo colonial no sólo bloquea la realización de Cuba como *pueblo nuevo*, sino que produce una España disipadora y condenada al atraso moral, económico y nacional.

[...] la nación española inferior a Cuba en la aptitud para el trabajo moderno y el gobierno libre, y necesitada de cerrar la Isla, exuberante de fuerzas naturales y del carácter creador que las desata, a la producción de las grandes naciones para mantener, con el ahogo violento de un pueblo útil de América, el cercado único de la industria española, y los rendimientos con que paga Cuba las deudas de España en el continente, y sostiene en la holganza y el poder de las clases favorecidas e improductoras [...]¹

En esta perspectiva, el vínculo colonial se revela retrogrado y anacrónico, y su ruptura adquiere la característica de la inexorabilidad.² Esta percepción, que marca toda la militancia

¹ José Martí, *Obras Escogidas en tres tomos*, t. 3, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2000, p. 579.

² Nuevamente, esto no significa un desprecio por los españoles o por el papel de la cultura europea en la formación del pueblo cubano: “[...] si

martiana, no está anclada en una teoría acabada de la historia, sino que es el reflejo de una profunda sensibilidad hacia el siglo que se expresa en tres planos: del punto de vista general de la marcha civilizatoria; del ángulo de los acontecimientos del siglo XIX en el continente; y en el análisis de la historia contemporánea cubana.

Siglo

Martí revela la percepción, exteriorizada con frecuencia de que el mundo inaugurado por la Revolución Francesa anuncia una nueva subjetividad que apunta hacia la emancipación del individuo. En el plano social, esta institución corresponde a una convicción de raíz republicana que identifica el avance histórico en el siglo XIX como el conjunto de banderas y conquistas asociadas al contenido anti-feudal de la Revolución Francesa, tornando este un “siglo nivelador y justiciero”.³

El otro lado de esta sensibilidad es la percepción de la época como un tiempo de aceleración y de cambio, donde lo imprevisible inherente al devenir histórico se asocia a la aguda inestabilidad que caracteriza la modernidad. Este cuadro es, al mismo tiempo, sustancial y referido por una visión no teleológica de la historia:

No hay obra permanente, porque las obras de los tiempos de reenquiciamiento y remolde son por esencia mudables e inquietas; no hay caminos constantes, vislúmbranse apenas los altares nuevos, grandes y abiertos como bosques.⁴

españoles fueron los que nos sentenciaron a muerte, españoles son los que nos han dado la vida!”. *Ibid.*, t. 2, p. 240.

³ *Ibid.*, p. 497.

⁴ *Ibid.*

América Latina

Este amplio diagnóstico del siglo XIX, como tiempos de afirmación de una nueva subjetividad identificada y sustentada por el liberalismo, que tiene como contrapartida una aceleración del tiempo histórico y la agudización de las incertezas que presiden el mundo del trabajo, supone una fina percepción del dinamismo de la historia contemporánea, que aplicado a América Latina y a Cuba, propiciará el contraste de su presente con el periodo de guerras de independencia. La exposición sistemática de esta posición la encontramos en el *Manifiesto Montecristi*, documento lanzado en ocasión del reinicio de la guerra de independencia en Cuba en el año 1895.⁵ En este manifiesto, Martí enlista cinco aspectos que marcaron la coyuntura en la que se dio la gesta emancipatoria de comienzos de siglo:

La concentración de la cultura meramente literaria en las capitales; el erróneo apego de las repúblicas a las costumbres señoriales de la colonia; la creación de caudillos rivales consiguiente al trato receloso e imperfecto de las comarcas apartadas; la condición rudimentaria de la única industria, agrícola o ganadera; y el abandono y desdén de la fecunda raza indígena [...]

Para enseguida advertir sobre estos puntos: “[...] no son, de ningún modo los problemas de la sociedad cubana”.⁶ Martí parte por lo tanto de la premisa de que la circunstancia y las características en que se da la lucha por la independencia

⁵ Parte de la historiografía cubana tiende a identificar una continuidad entre el conflicto de 1868-1878, con la breve, pero sangrienta *Guerra Chibiquita* que la sucede, y el reinicio de la guerra por el PRC (Partido Revolucionario Cubano) en 1895, refiriéndola en su conjunto como la Guerra de los Treinta Años.

⁶ *Ibid.*, t. 3, p. 513.

en las Antillas es específica, porque surge en un momento histórico distinto donde el pueblo cubano se encuentra en otro horizonte de integración con relación a América Latina de comienzos de siglo.

Cuba

El episodio determinante de la singularidad en la formación y madurez del pueblo cubano para Martí es la Guerra de los Diez Años (1868-1878). Este conflicto iniciado originalmente por propietarios decadentes de la región oriental de la isla, no incorporada al impulso modernizador que alcanzó la pujante industria azucarera de occidente, cada vez más dependiente de Estados Unidos. El desarrollo del enfrentamiento produjo la radicalización de su contenido social, presionado por la abolición de la esclavitud y por la incorporación de negros y mulatos al ejército y al proyecto político rebelde. El masivo envío de tropas españolas y las tácticas a ras de tierra empleadas por el comandante Valeriano Weyler no fueron suficientes para derrotar a los rebeldes,⁷ pero la falta de unidad en sus filas frente a asuntos como la esclavitud y el anexionismo impidió el avance de la guerra a las regiones central y occidental de la isla, franqueando el *impasse* que llevo a la firma del pacto de Zanjón, que no otorgaba la libertad a Cuba, pero le confería el estatuto de provincia española.

⁷ Según Manuel Moreno Fraginals, la reacción de Cuba fue conducida por la oligarquía financiero-comercial española de Cuba, que ya era más poderosa que los sacarócratas cubanos, y que fue responsable del inicio de la lucha por la restauración monárquica en España. “Aunque esto nunca aparezca en las historias de España”, esto revela la fuerza de los intereses coloniales en la España decimonónica. Manuel Moreno Fraginals, *Cuba Espanha Cuba-uma história comum*, Barau, Edusc, 2005, p. 293.

El pacto fue contestado inmediatamente por una figura que sería prominente en el futuro ejército de Martí, el general Antonio Maceo, gesto simbólico de la radicalización progresiva del conflicto:

La guerra la iniciaron patricios como Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera e Ignacio Agramonte, que no sobrevivieron a la contienda; al terminarse esta primera etapa, protesta del pacto de paz un general como Maceo, mulato e hijo de campesinos medios.⁸

Para Martí, la Guerra de los Diez Años es el episodio fundador de la nacionalidad cubana. Al presionar para la superación del prejuicio de color y por una aproximación de los distintos extractos sociales a través de las armas, generó las condiciones para forjar la nacionalidad cubana, lo que desde entonces singulariza su historia.

[...] entró la patria, por la acumulación de la guerra, en aquel estado de invención y aislamiento en que los pueblos descubren en sí y ejercitan la originalidad necesaria para juntar en condiciones reales los elementos vivos que crean la nación.⁹

Esta especificidad es el núcleo del contraste entre las condiciones de la guerra de independencia americana de comienzos del siglo y la conjura específica que enfrentaron los antillanos. Al negar la identidad entre los cinco aspectos que destaca como característicos en el *Manifiesto de Montecristi*,

⁸ Roberto Fernández Retamar, *Cuba defendida*, La Habana, Letras Cubanas, p. 89.

⁹ Martí, *op. cit.*, t. 2, p. 366. Por otra parte, esta percepción es endosada por historiadores contemporáneos; “en síntesis, se puede decir que la Guerra de los Diez Años y la Guerra Chiquita fueron el caldero donde se fundió la nacionalidad cubana”. Moreno Fragnals, *op. cit.*, p. 313.

inferimos por oposición que Martí verifica en Cuba las condiciones para: un cierto nivel de heterogeneidad cultural, que supere lo libresco; superar el legado cultural de la colonia; una unidad que prescindiera de caudillos; un mayor desarrollo y diversidad de la base productiva; la valorización e integración del indígena. En otras palabras, Martí ve en Cuba los presupuestos para la consecución de un proyecto nacional de características culta, republicana, democrática, productiva y autóctona. En suma, identifica en Cuba los requisitos esenciales para la fundación de una nación moderna. Esta evaluación martiana de la circunstancia cubana se apoya en diferencias de orden objetivo y subjetivo que identifica con relación al conjunto de la América española a comienzos de siglo:

[...] la capacidad de los cubanos, cultivada en diez años primeros de fusión sublime, y en las prácticas modernas del gobierno y el trabajo, para salvar la patria desde su raíz de los desacomodados y tanteos, necesarios al principio del siglo, sin comunicaciones y sin preparación en las repúblicas feudales o teóricas de Hispano-América.

Desde el punto de vista objetivo, se observa otro nivel de integración social y desarrollo material (en el párrafo citado, “fusión sublime”; “comunicaciones”), en el plano subjetivo, se acumuló experiencia en la gestión política y económica con bases propias (“prácticas del gobierno y el trabajo”; “preparación”). Para ambos, la Guerra de los Diez Años sirvió como detonador y de entrenamiento.

En suma, de acuerdo con el diagnóstico de Martí, se observa en Cuba una circunstancia diferenciada del punto de vista de la realidad socioeconómica y del aparato cultural. Esta convergencia propicia en la isla las condiciones de superación de los dos puntos centrales que, según Martí, limitaron la realización de las repúblicas americanas independientes: la

ausencia de un contenido democratizador en el proyecto republicano y la importación de modelos políticos y culturales extranjeros. El resultado de esta limitación histórica del proyecto emancipatorio fue que “la colonia continuó viviendo en la república”.

Son otras las posibilidades del momento histórico presente. Mientras la Guerra de los Diez Años generó las condiciones para la aproximación de los diversos extractos sociales en el caldero de la nacionalidad cubana y el trabajo político realizado por el PRC, que tiene en Martí su principal exponente, maduró el curso para las soluciones políticas propias, el pueblo cubano reúne las condiciones objetivas y subjetivas para afirmar una república que no sea “feudal” ni “teórica”: un proyecto nacional asentado en la autoctonía, rumbo a la superación definitiva del legado colonial.

REVOLUCIÓN

La determinación con la que Martí se dedica en el último decenio de su vida a la organización de la acción revolucionaria se sustenta en una profunda convicción ética, basada en su aguda sensibilidad histórica. El líder del PRC entiende que la situación colonial bloquea la realización de la naturaleza humana entre los cubanos. En este contexto, la guerra “es la consecuencia inevitable de la negación continua, disimulada o descarada, de las condiciones necesarias para la felicidad de un pueblo que se resiste a corromperse y desordenarse en la miseria”.¹⁰ De ahí la afirmación de la dignidad del hombre como piedra angular del proyecto emancipatorio: “[...] por si en las cosas de mi patria me fuera dado preferir un bien a todos los demás [...] ese sería el bien que yo prefiriera: yo

¹⁰ Martí, *op. cit.*, t. 1, p. 344.

quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre”.¹¹

Desde el punto de vista histórico, la sensibilidad de Martí con relación al movimiento general del siglo y las circunstancias de la historia latinoamericana contemporánea se enraízan en la convicción de que la causa de la independencia esta en sintonía con el sentido de la marcha civilizatoria. Desde esta perspectiva, una vez constatada la inviabilidad de las salidas reformistas de iniciativa española, la revolución emerge como un imperativo histórico: “no resulta esta (la revolución) violenta ni precipitada, mas natural y fatal, y surgida, por causas libres e irremediables, de la propia isla”. Desde este punto de vista la violencia inherente a la guerra parece justificable, pese a la centralidad del amor en la ética martiana: “[...] una vez agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llaga viva, acude al remedio violento”.¹²

Establecido por el análisis coyuntural que la guerra es inevitable y justificable, el desafío es conducirla de manera inteligente y eficaz: “Y no es del caso preguntarse si la guerra es apetecible o no, puesto que ninguna alma piadosa la puede apetecer, sino ordenarla, de modo que con ella venga la paz republicana [...]”.¹³ Así, la guerra y la revolución aparecen como algo positivo, como eventos constitutivos del propio devenir histórico, e identificados no con la anarquía, sino con la posibilidad de un reordenamiento social necesario:

Revolución no es algo más que una de las formas de la evolución, que llega a ser indispensable en las horas de hostilidad esencial, para que en el choque súbito se depuren y acomoden

¹¹ *Ibid.*, t. 3, p. 9.

¹² *Ibid.*, t. 2, p. 190.

¹³ *Ibid.*, p. 365.

en condiciones definitivas de vida los factores opuestos que se desenvuelven en común.¹⁴

En suma, la guerra surge inexorable, justa y positiva. Sin embargo, esto no es ninguna especie de determinismo. Por el contrario, Martí considera frente a las circunstancias inevitables la reapertura del enfrentamiento, y su final incierto: depende antes que nada de la exitosa impresión de un rumbo racional al conflicto, fruto de una acertada dirección revolucionaria. De ahí el empeño absoluto que dedicó a la tarea organizativa.

El punto de partida del trabajo partidario de Martí es el balance de los desaciertos del bando revolucionario en la Guerra de los Diez Años. Dos conclusiones serán recurrentes en su proclama: la falta de coordinación de la iniciativa revolucionaria y el peligro correspondiente de la fragmentación del liderazgo bajo el empuje del caudillismo.¹⁵

Partido

Como respuesta al desafío de la guerra que supere las limitaciones anteriores, el pilar de la estrategia revolucionaria de Martí será la organización de un partido referenciado por un programa (aún vago), de base amplia y regimiento participativo (aunque de mando centralizado) que liderará desde su fundación en 1891 en Estados Unidos hasta su muerte.

El partido pretende sellar la unidad del bando revolucionario, la prevención contra el caudillismo está asentada en el legado democrático de la Guerra de los Diez Años, base

¹⁴ *Ibid.*, p. 240.

¹⁵ El segundo punto motivará una ruptura parcial de Martí como futuro comandante supremo del ejército revolucionario, Máximo Gómez, cuando sentencia: “un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento (Gómez)”. *Ibid.*, t. 1, p. 459.

objetiva de la civilidad nacional que sustentará las alianzas supra-clasistas del PRC, y servirá como fundamento histórico de la premisa ética “con todos y para el bien de todos”, contrario a cualquier discriminación de color, etnia o nacionalidad en la conducción de la guerra. Esta permeabilidad en la participación popular, ya sea en la estructura partidaria o en los campos de batalla, será el principal antídoto al caudillismo que infesta el continente desde la gesta emancipatoria de comienzos de siglo: “salvar a Cuba de los privilegios de la autoridad personal y de las disensiones en que, por falta de la intervención popular y de los hábitos democráticos en su organización, cayeron las primeras repúblicas americanas”.¹⁶

La doble preocupación de dotar a la guerra de una dirección orientada por principios y un programa, y prevenir el caudillismo a través de la permeabilidad de la acción revolucionaria al influjo popular, limitará la fundación del PRC: “La Revolución se salva. Le faltaba tesis y orden, y ya tiene una y otro. [...] Era ambiente la Revolución y hoy es plan”.¹⁷

Desde esta óptica, la función del partido será interpretar la realidad en que está inserto y proponer acciones cuya racionalidad deriva de la sintonía con las tendencias históricas y el anhelo del pueblo que representa: “A su pueblo ha de ajustarse todo partido público, y no es la política más, o no ha de ser, que el arte de guiar, con sacrificio propio, los factores diversos u opuestos de un país [...]”.¹⁸ Así la premisa para una propuesta de partido, gobierno y programa adecuados a la realidad cubana es una lectura de la realidad sintonizada con los anhelos populares y orientada por el principio de la autoctonía. En el caso específico de Cuba de finales del siglo XIX, este esfuerzo genera como propuesta: el PRC como

¹⁶ *Ibid.*, t. 3, p. 114.

¹⁷ *Ibid.*, p. 353.

¹⁸ *Ibid.*, p. 359.

organización dirigente, que tiene como bandera principal la independencia nacional; la guerra como método; y la alianza multi-clasista como actor revolucionario.

Subyacente a la percepción martiana del papel del partido está una concepción de la política y del gobierno como arte para encontrar el supuesto equilibrio natural entre los diversos factores. Esta noción remite, en última instancia, a la premisa del equilibrio del mundo que orienta la visión de la historia martiana y presidirá también su entendimiento de lo que es gobernar.¹⁹ “El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país”.²⁰

La promoción de este equilibrio de los elementos naturales debe fundamentarse en el amor, que según el pensamiento martiano, es criterio de entendimiento y verdad: “[...] el gobierno de los hombres es la misión más alta del ser humano,

¹⁹ La búsqueda del equilibrio, asentada en el presupuesto de que el hombre natural es armonioso como la naturaleza, será el norte magnético del pensamiento martiano en todas sus dimensiones. Desde el punto de vista civilizatorio, lo lleva a rechazar el materialismo característico del capitalismo en Europa y en Estados Unidos en nombre de un proyecto de modernidad orientado por la búsqueda del equilibrio entre las dimensiones materia y espiritual de existencia. Desde el punto de vista de la estrategia política, propone para la guerra de independencia una alianza de clases referente a un proyecto nacional de contenido democrático, sintetizado en el lema: “con todos y para el bien de todos”. Desde el punto de vista filosófico, determina su rechazo al positivismo, corriente de ideas dominante en la América Latina de su tiempo y dotada, en este contexto, de un contenido progresista. Desde el punto de vista geopolítico, es conducido a proyectar un papel nodal para las Antillas en el devenir histórico contemporáneo, a través de la nación, como veremos más adelante, del equilibrio del mundo. Véase Reinerio Arce Valentín, “Hacia el equilibrio del mundo. Fundamento ético de la espiritualidad o concepción del mundo en Martí”, en Varios autores, *Por el equilibrio del mundo*, La Habana, Centro de Estudios Martianos.

²⁰ Martí, *op. cit.*, t. 2, p. 499.

y sólo debe fiarse a quien ame a los hombres y entienda su naturaleza”.²¹ Si gobernar es una misión que tiene un objeto universal –los hombres– su concretización en *Nuestra América* trae intrínseco el desafío de la originalidad que debe presidir esta organización social reciente: “Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador”.²²

Equilibrio, amor, autoctonía son principios que fundamentan la visión del mundo martiana en el plano general de la visión del hombre y de la historia. Cuando su pensamiento aterriza en los desafíos, objetivos adelantados por la realidad cubana, estos principios marcan de manera coherente su proyecto político y su programa social.

Proyecto económico

Aunque el programa del PRC no detalle un proyecto de gobierno a ser implementado con el triunfo de la revolución en la isla, probablemente porque está orientado por la preocupación esencial de aglutinar fuerzas en torno a la cuestión nacional,²³ el análisis en conjunto de los textos martianos permite vislumbrar los vectores fundamentales de un programa económico. Según el extenso análisis de Rafael Almada, esta propuesta está fundamentada en cinco puntos: un proyecto de sociedad agrícola basada en pequeños productores; una

²¹ *Ibid.*, t. 1, p. 16.

²² *Ibid.*, t. 2, p. 482. También: “el gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país”.

²³ Muestra significativa de esta preocupación de Martí en no ahuyentar a los acaudalados y garantizar la unidad es una carta donde comunica a un colaborador del periódico *Patria* que alteró mínimamente una carta suya en el sentido de suavizar su contenido para que no parezca “como si fuéramos enemigos de las clases cultas”. *Ibid.*, t. 3, p. 394.

industria de bienes naturales; el libre comercio; una producción diversificada; propaganda de los productos americanos en los mercados mundiales.²⁴

En términos generales, el núcleo del proyecto económico martiano se puede ver como una conjunción de los principios del *hombre natural*²⁵ y de la autoctonía concretizados en una situación histórica objetiva bajo el telón de fondo de la noción de *equilibrio del mundo*. El punto de partida de esta interpretación es la constatación en sus escritos de una empatía con el hombre del campo que remite, en última instancia, a la noción de *hombre natural* y a la comprensión de que la intimidad con la naturaleza es un medio para aproximar al hombre con su propia esencia: “y los campesinos [...] son la mejor masa nacional porque recibe de cerca y de lleno los efluvios y la amable correspondencia de la tierra [...]”.²⁶

Como la unidad de esta aproximación de la esencia humana a través del trabajo en el campo es el individuo, su realización supone un campo para el desarrollo de la individualidad, que será para Martí incompatible con la propiedad colectiva de la tierra. Este es uno de los ángulos de la crítica del pensador cubano a las ideas socialistas, y al mismo tiempo, su punto de convergencia con las propuestas de Henry George²⁷

²⁴ Cfr. Rafael Almada, *En torno al pensamiento económico de José Martí*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1990.

²⁵ La visión de hombre martiana está apoyada en una concepción trascendente de la existencia que conjuga la ética de inspiración cristiana que dirige su pensamiento al trascendentalismo de Emerson confluyendo en la noción de *hombre natural*.

²⁶ Martí, *op. cit.*, t. 1, p. 446.

²⁷ El reformismo de Henry George se limita a atacar la apropiación de la renta de la tierra por los grandes propietarios, sin condenar la propiedad en sí. Lo que está por detrás es la crítica de aspectos del capitalismo que agravan la situación de los trabajadores sin cuestionar los fundamentos internos del sistema, o sea, las relaciones de producción. La denuncia que

y de la empatía parcial con Herbert Spencer:²⁸ “El principio martiano del valor de la libre actividad creadora del individuo era incompatible con el estatismo y la reglamentación comunitarios”.²⁹

Si desde el ángulo del *hombre natural*, la pequeña propiedad campesina es una alternativa económica adecuada, desde el punto de vista de la autoctonía la condición agrícola de la base productiva de nuestra América no se ve como un elemento de atraso a ser superado, pero sí su orientación monoprodutora, recurrente en los países del continente. La consigna es diversificar productos.

De igual manera, cuando enfrenta el asunto del comercio exterior, Martí defenderá el libre comercio, lo que en la circunstancia cubana significa suprimir las restricciones impuestas por España y abrirse al intercambio igual con todas las naciones, es decir, diversificar mercados. Este es un punto central, una vez que Martí visualiza para las Antillas en general, y para Cuba en particular, un futuro promisorio, no obstante, el eje de su preocupación en lo que concierne a la inserción económica de Cuba en el mercado mundial no será un proyecto de industrialización o un problema de la

Martí hace de los monopolios y del proteccionismo comercial en Estados Unidos está en este mismo sentido: ambos son injustos porque inflacionan de manera artificial el costo de la vida de los trabajadores.

²⁸ Martí coincide con Spencer en la visión de Estado como una amenaza a la individualidad. Sin embargo, se distancia enfáticamente en su visión de hombre, que se dirige hacia una lectura prejuiciosa del pobre y naturalizada de la pobreza asociada en el punto de vista liberal del demérito. Véase Pablo Guadarrama González, “Martí y el positivismo sui generis latinoamericano”, en Varios autores, *Por el equilibrio del mundo*, La Habana, Centro de Estudios Martianos.

²⁹ Rafael Almada, *En torno al pensamiento económico de José Martí*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1990, p. 264.

dependencia. Su enfoque priorizará la generación de aduanas recaudadoras que visualicen la sustentación del aparato estatal,³⁰ “[...] porque tomar sin derechos lo de los Estados Unidos, que elaboran, en sus talleres cosmopolitas, cuanto conoce y da el mundo, fuera como echar al mar de un puñado la renta principal de las aduanas [...]”.³¹

El cubano tiene conciencia de que esta apertura significa antes que nada en estas circunstancias, colocarse bajo la órbita del comercio internacional estadounidense. Al contrario de atacar esta posibilidad, busca usarla como una negociación programática para obtener la simpatía del vecino del norte: “[...] preferirían contribuir a la solidez de la libertad de Cuba, con la amistad sincera a su pueblo independiente que los ama y les abrirá sus licencias todas [...]”.³²

Esto no significa que Martí fuera ajeno a los nexos entre dependencia económica y subordinación política. Su participación como delegado en la Conferencia Monetaria Internacional, promovida por Estados Unidos a inicios de los años noventa del siglo XIX, con la intención de avanzar en un proyecto de unidad monetaria en el continente, le dejó clara la naturaleza de los mecanismos de dominación neo-nacional que se enunciaban: “quién dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio para asegurar la libertad”.³³

³⁰ Rafael Almada enfatiza que los conocimientos de economía política de Martí son rudimentarios. Con estas palabras circunscribe el alcance del pensamiento económico de Martí: “la reflexión de Martí sobre los asuntos económicos se mueve en general en el ámbito de la circulación y en lo que se ha dado en llamar la macroeconomía. La esfera de la producción y el análisis micro-económico están prácticamente ausentes en él”. *Ibid.*, p. 437.

³¹ Martí, *op. cit.*, t. 2, p. 388.

³² *Ibid.*, t. 3, p. 583.

³³ *Ibid.*, t. 2, p. 501. El ensayo *Nuestra América* fue reeditado y publicado poco después del cierre de esta mal lograda reunión.

Sucedo que el asunto de la soberanía económica aparece en Martí proyectada hacia el futuro, vinculada a la diversificación de la base agrícola, al estímulo de la industria de bienes naturales, y a la búsqueda de la multiplicidad de socios comerciales. Desde su óptica, no es un aspecto fundamental y urgente de la estrategia independentista, que busca neutralizar políticamente la agresividad estadounidense. Así, la dependencia económica no es un punto central de la denuncia que hace de la amenaza expansionista. En la explicación martiana, soberanía tampoco implica una crítica a la división internacional del trabajo. Al contrario, consideradas la importancia del contacto directo con la naturaleza para la formación del *hombre natural*, las condiciones naturales favorables al desarrollo agrícola del continente, son la profundización de esta actividad, pautada por el énfasis en la pequeña propiedad y la diversificación de la producción y de los mercados, lo que ya está dispuesto.

Así, el proyecto económico de Martí supone, de manera análoga a lo que acontece en el plano de la cultura, un estatuto universal a los productos americanos, que deben producirse con recurso preferencial de las materias primas y tecnologías locales y después promovidos e intercambiados en igualdad de circunstancias en el mercado mundial. En suma, el problema de la dependencia económica aparece subordinado a la emancipación política, mientras el asunto de la industrialización se remite, en último análisis, a la noción de *equilibrio del mundo*, premisa del proyecto de inserción económica de *Nuestra América* en el concierto mundial.

NUESTRA AMÉRICA Y EL EQUILIBRIO DEL MUNDO

EUA

El hecho de que Martí no apoye su denuncia de la amenaza estadounidense en una clave económica no significa que

el asunto tenga un lugar secundario en su pensamiento. Al contrario: si la aguda sensibilidad histórica de Martí permite vincular la lucha por la independencia cubana al sentido general del movimiento del siglo, captando las inéditas posibilidades de la circunstancia en que se presenta, no podría ser indiferente al diagnóstico de un peligro también nuevo y de importancia decisiva. Es a la sombra de la proyección de Estados Unidos sobre el continente que adquiere rasgos definitivos el ideario martiano de *Nuestra América*.

Martí vivió en Estados Unidos entre 1880 y el surgimiento de la expedición revolucionaria en 1895. Esta convivencia directa con la realidad del país aguzó su percepción sobre la inminencia y el alcance del avance expansionista:

Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña.³⁴

La nueva situación de Estados Unidos, que pasan de cómplices en el desafío emancipatorio en el contexto de la crisis del antiguo sistema colonial, a la condición de amenaza a la soberanía de los países americanos en el momento de afirmación del capitalismo monopolista, obliga a Martí a delinear un contraste entre el desarrollo histórico de ambos. Este ejercicio conduce a la explicación del carácter –en el sentido de característica– como la clave de la interpretación martiana de la historia de los pueblos. En la alocución conocida *Madre América*, Martí esboza un paralelo entre la formación de Estados Unidos y de *Nuestra América*, sintetizado en la siguiente

³⁴ *Ibid.*, t. 2, p. 486.

línea: “Del arado nació la América del Norte, y la Española, del perro de presa”.³⁵

Su interpretación de la formación de *Nuestra América* está condensada en la noción de *pueblo nuevo*: una realidad histórica original generada por el encuentro de culturas producido en el escenario americano y que tendrá el mérito singular de convertir lo que fue “desdicha histórica y un crimen natural”, en potencial civilizatorio por realizarse: “¡y todo ese veneno lo hemos cambiado en savia!”. Cuando aborda la formación de Estados Unidos, Martí inicialmente pone en relieve la motivación de sus colonizadores, que venían porque “preferían las cuevas independientes a la prosperidad servil”. Una vez en América, “en la casa hecha con sus propias manos vivían, señores y siervos de sí mismos”. No ignora la esclavitud, ni la masacre contra los indios, pero enfatiza en conjunto la libertad y la autonomía como signos de la colonización de América del Norte, reconocida por la administración colonial: “La autoridad era de todos, y la daban a quienes la querían dar. Sus ediles elegían, y sus gobernadores”. De modo que cuando el inglés contraría este atributo esencial de la formación del carácter estadounidense, surge la rebelión: “cuando el inglés, por darla de amo, les impone un tributo que ellas no quieren se imponer, el guante que le echaron al rostro las colonias fue el que el inglés mismo había puesto en sus manos”. Sin embargo, la otra cara de este individualismo orgulloso es la ausencia de solidaridad con los pueblos que enfrentan un problema de naturaleza semejante, manifiesta en la omisión con relación a las guerras de independencia que poco después estallan en la América Ibérica. Por eso Martí no idealiza a la república del norte: “la libertad que triunfa es como él, señorial y sectaria [...]”.

³⁵ *Ibid.*, p. 420.

Cuando se dé la abolición de la esclavitud años más tarde, la Guerra de Secesión corregirá un desequilibrio fundamental del país, y establecerá las condiciones propicias para la reaparición de dos tendencias contrapuestas desde el proceso colonizador, que se manifiesta en las figuras del *peregrino* (“que no consentía señor sobre él, ni criado bajo él”), y del *aventurero* (“sin más ley que su deseo, ni más límite que el de su brazo”). Ambas marcan la composición del carácter estadounidense: son los “actores que constituyeron la nación”.

Se explicita la noción de *carácter* como la clave de la interpretación martiana para la historia de un pueblo. Al contrario de lo que la palabra indica, esta noción no está fundamentada en una supuesta esencia, sino que remite a un proceso de revelación o no de potencialidades históricas. La sugerencia implícita es que la ventaja de una u otra tendencia (factor) en Estados Unidos es un proceso abierto, aunque después de la experiencia en la Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, las ideas del pensador cubano tienden a acentuar el riesgo para las Américas de los desdoblamientos expansionistas de la política de Estados Unidos. De cualquier manera, basado en un entendimiento dinámico de carácter, Martí nunca emitirá juicios unilaterales sobre Estados Unidos y su pueblo, eliminando generalizaciones y determinismos.

Nuestra América

Martí parte de una aguzada diferenciación del legado colonial que marca de manera contrastante el devenir de las nuevas repúblicas independientes, para llegar a la percepción de que estos desdoblamientos históricos generaron pueblos de características diferentes, lo que significa decir en un último análisis, que apuntan hacia padrones civilizatorios distintos. Por eso en *Nuestra América* constata: “[...] diferencias de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales”.

Presenta tres dimensiones de la diferenciación: “orígenes”, es decir, el legado colonial; “métodos”, que puede ser interpretado como las relaciones sociales en sus distintas expresiones políticas, culturales y económicas remitidas a la autoc-tonía; “intereses”, que sugiere el propio sentido de la historia. Se reitera la noción de *Nuestra América* como un proyecto de modernización alternativa, orientada por un propósito humanista en la medida en que se coloca como norte para la realización plena del contenido universal del hombre natural. En otras palabras, *Nuestra América* reivindica la posibilidad de realizar como experiencia histórica, la naturaleza humana. La premisa de este proyecto es la unidad continental. Martí identifica que las bases de esta unión son, en su coyuntura, antes identitarias y culturales que políticas y económicas. Es bajo este ángulo que crítica la fracasada iniciativa bolivariana:

Acaso, en su sueño de gloria, para la América y para sí, no vio que la unidad de espíritu, indispensable a la salvación y dicha de nuestros pueblos americanos, padecía, más que se ayudaba, con su unión en formas teóricas y artificiales que no se acomodaban sobre el seguro de la realidad [...].³⁶

Así, para Martí la base inmediata de la unidad de nuestra América es antes cultural (espíritu) que política o económica. Lo que significa decir que está cimentada en una identidad común enraizada en el pasado colonial y cuyo porvenir apunta hacia un padrón civilizatorio original. Martí percibe que esta conciencia de la unidad espiritual de nuestra América es un proceso en curso, y que apenas arranca: “Cansada del odio inútil [...] se empieza como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos y se saludan. ‘¿Cómo somos?’ se preguntan, y unos a otros se van diciendo cómo son”.³⁷

³⁶ *Ibid.*, t. 3, p. 282.

³⁷ *Ibid.*, t. 2, p. 485.

Como consecuencia de este proceso de toma de conciencia de la especificidad de nuestra América está el descarte de padrones culturales ajenos como solución para los problemas, cuya clave está en la revelación de esta realidad propia, sintetizada en la consigna: “conocer es resolver”. En el fondo del diagnóstico de esta redescubierta de sí, se revela una especie de *aggiornamento* del problema de la identidad americana con relación al inicio de siglo. Por un lado, ya no es el nexo con el imperio español lo determinante en la unidad; por otro, la visión realista que tiene la dinámica expansionista estadounidense, permite vislumbrar el proyecto de *Nuestra América* como una contraposición necesaria desde el punto de vista geopolítico y deseable como horizonte civilizatorio.

Lo que está atrás es la percepción de que el legado político de las guerras de independencia agotó su papel progresista y espera la oportunidad de renovación en otras bases, una vez que la coyuntura es diferente: se divisa en el horizonte el expansionismo estadounidense, lo que reclama un proyecto alternativo de base continental, de regencia autóctona, basada en la integración popular y fundado en el amor. En otras palabras, es necesario concluir la superación del pasado colonial, afirmando una identidad propia que tenga como signo la integración del legado indígena y negro con la obra española (*pueblo nuevo*), en una base culturalmente asertiva y socialmente democrática: “[...] ¿de qué sirve tener a Darwin sobre la mesa, si tenemos todavía al mayoral en nuestras costumbres?”³⁸

El proyecto político de *Nuestra América* se produce y se revela en Martí por oposición a Estados Unidos. Esta relación se explica si se considera que la naturaleza de su visión de unidad continental, es antes que nada cultural que política o

³⁸ *Ibid.*, p. 477. “El problema de la independencia no es el cambio de formas, sino el cambio de espíritu”, en *ibid.*, p. 484.

económica. Como toda identidad se afirma a través de una alteridad, ésta será fundamentalmente la “otra” América.

El contraste cultural de raíz histórica es acentuado por la fina sensibilidad de Martí con relación a los dinamismos de la política estadounidense, cultivada a lo largo del periodo que residió en este país. El militante cubano constata precozmente la orientación pragmática de su política externa, a despecho de cualquier discurso ideológico. En la carta de 1889 afirma que el gobierno de Estados Unidos no hará ni dirá: “cosa que en lo menor ponga en duda para lo futuro, o comprometo por respetos expresos anteriores, su título al dominio de la Isla”.³⁹

Así, el líder cubano no sólo desconfía de cualquier posible apoyo estadounidense para la guerra que se prepara, sino que también considera un deber prevenirse contra cualquier movimiento de sentido anexionista, una tendencia inherente a la creciente participación estadounidense en los negocios de la isla, y que puede interponer a los anhelos de independencia: “Para que la isla sea norteamericana, no necesitamos hacer ningún esfuerzo, porque, si no aprovechamos el poco tiempo que nos queda para impedir que lo sea, por su propia descomposición vendrá a serlo”.⁴⁰

En su conjunto, la vivencia de Martí en Estados Unidos lo encamina hacia un diagnóstico sincero de la situación interna y de las tendencias externas de la política de este país. Así, su visión madura es políticamente escéptica e ideológicamente crítica. Es escéptica en cuanto al apoyo que este gobierno pueda dar a la causa de la independencia, aunque no desprecia el potencial de trabajo junto a la opinión pública de este país, inclinada a simpatizar con la causa cubana. Este realismo lo libera de las expectativas ingenuas incentivadas por muchos compatriotas, ilusión que le cobraría un alto precio

³⁹ *Ibid.*, t. 2, p. 375.

⁴⁰ *Ibidem.*

a la soberanía al final de la guerra en 1898, cuando el fundador del PRC ya estaba muerto.⁴¹ Es ideológicamente crítica en la medida que se niega a identificar en Estados Unidos un paradigma de modernidad, desentonando con los proyectos políticos entonces en boga en el continente.⁴² Por el contrario, tomará como obligación política, a la cual dedicará innumerables páginas, no desilusionar a los americanos sobre la realidad del vecino del norte, que no le sirve de referencia porque está pautada por el materialismo y reproduce el odio de clases característico del viejo mundo y engendra el expansionismo.

Así, la consecuencia de este sencillo diagnóstico es una alerta permanente contra el potencial expansionista estadounidense, aunque esta denuncia se exprese muchas veces de manera velada o en su correspondencia particular, ya que razones tácticas lo mueven a la discreción, pues el núcleo de la actividad revolucionaria del PRC se articulaba durante el exilio en este país. Aún así, la característica del movimiento que se prefigura es explícita: “la intentona de llevar por América en los tiempos modernos la civilización ferrocarrilera, como Pizarro llevó la fe de la cruz”.⁴³

Martí presenta una fina percepción del dilema que se enuncia: el expansionismo estadounidense amenaza con abortar la realización de *Nuestra América* con una nueva modalidad de colonialismo. La inminencia del momento le confiere dramatismo al llamado martiano: “el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, o sea: una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante [...]”. Así, la unidad

⁴¹ Por ejemplo, Enrique Varona. Véase Isabel Monal y Olivia Miranda, *Pensamiento cubano. Siglo XIX*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2002, 2 tomos.

⁴² El contraste más frecuente es con el argentino Domingo Faustino Sarmiento.

⁴³ Martí, *op. cit.*, t. 2, p. 391.

potencial de nuestra América, que para Martí radica en el pasado común y proyecta una identidad en formación, necesita afirmarse en el presente, como estrategia de defensa frente al imperialismo: “[...] la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus repúblicas, en cuanto a sus relaciones con el mundo y al sentido y conjunto de su porvenir”.⁴⁴ En este contexto, la revelación de la unidad latente de nuestra América es el camino posible para una estrategia de resistencia urgente al expansionismo estadounidense, al mismo tiempo que es el resguardo necesario de su contenido civilizatorio propio y común: “[...] los árboles han que se poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas!”⁴⁵

En suma: *Nuestra América* es la respuesta histórica martiana para América Latina frente al imperialismo, cuya cara visible en el continente es el expansionismo estadounidense. La unidad latinoamericana emerge como condición defensiva para una propuesta de modernidad cimentada en el dinamismo cultural, político, económico autóctonos no subordinados a los designios del imperialismo. En este contexto, la lucha por la independencia cubana aparece condicionada y vinculada a procesos de largo alcance.

Equilibrio del mundo

Si, por un lado, la unión de nuestra América es una tarea urgente, amenazada por la superioridad/eminencia en la consecución de los designios expansivos del vecino del norte, por otro, su alcance es mundial: según Martí, ésta es la seguidora de la geopolítica global en su coyuntura. Esto porque la concretización de la hegemonía estadounidense en el continente significará el aborto de la independencia de Cuba y Puerto

⁴⁴ *Ibid.*, t. 3, p. 282.

⁴⁵ *Ibid.*, t. 2, p. 480.

Rico; la frustración de la proyección de *Nuestra América*; la consolidación de las tendencias agresivas de Estados Unidos; el establecimiento de un poder mundial en bases similares al europeo. Así, al visualizar la realización de la tendencia expansionista estadounidense en toda su extensión y en sus múltiples desdoblamientos, ubicándola en la geopolítica mundial, Martí desemboca en la noción de *equilibrio del mundo*:

La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo.⁴⁶

La guerra de Independencia adquiere la plenitud de su significado: el establecimiento de una república moral⁴⁷ en las Antillas es el primer eje para el establecimiento del proyecto de *Nuestra América*, experiencia política pautada por premisas éticas fundadas en el amor, orientada a la realización del *hombre natural*, dotada de un contenido civilizatorio alternativo de alcance universal y gobernada por premisas que se alejan de la competencia agresiva de la geopolítica mundial. Así, el éxito de la guerra en las Antillas es estratégico desde el punto de vista geopolítico global –minando el expansionismo estadounidense y facultando la unidad latinoamericana– y piedra fundamental de un proyecto civilizatorio alternativo. Ambos vectores tienen alcance mundial. Esto significa que Martí concede un papel de protagonista al continente desde el punto de vista político, y estatura universal al potencial cul-

⁴⁶ “Manifiesto de Montecristi”, en *ibid.*, t. 3, p. 517.

⁴⁷ Expresión con la que Martí se refiere al proyecto republicano antillano, por ejemplo en el “Manifiesto Montecristi” arriba citado.

tural de *Nuestra América*, desde el punto de vista humano. En una palabra, Martí identifica el progreso de la civilización con la afirmación del potencial histórico de *Nuestra América*.

CONCLUSIÓN

Martí entiende la formación de la nación cubana como la consumación de la obra iniciada en la Guerra de los Diez Años, cuando el *impasse* sintetizado por el pacto de Zanjón truncó la gesta emancipatoria y el proceso de integración social que se habían desencadenado. Desde su punto de vista, la confluencia de intereses de diferentes estratos sociales y raciales unidos por la causa de la independencia produjo las condiciones subjetivas y objetivas para la madurez de la nacionalidad cubana. Este proceso conjuga una dimensión democrática, envolviendo la integración del conjunto de la población en bases relativamente homogéneas, y otra soberana, que implica emanciparse del yugo español sin gravitar hacia la condición de dominio estadounidense. Su proyecto político articula la revolución nacional con una radicalización del legado democrático de la Guerra de los Diez Años, premisa para la organización de un ejército rebelde triunfante y el posterior establecimiento de la “república moral”. En el plano democrático, Martí parte del principio de igualdad entre los hombres para abogar por la superación de la discriminación racial a partir del ejército y para la toda la sociedad. Frente a las desigualdades de clase, Martí se aferra a la noción que dirige su visión del mundo en un equilibrio inherente a la naturaleza universal para asumirla como un principio rector de las relaciones entre los estratos sociales y del buen gobierno. En esta perspectiva, equilibrio equivale a integración.⁴⁸

⁴⁸ La búsqueda del equilibrio, asentada en el presupuesto de que el hombre natural es armonioso como la naturaleza, será el norte magnéti-

Desde el punto de vista de la soberanía, la percepción de los riesgos que la expansión estadounidense representa para la independencia cubana coloca a Martí frente al desafío de evaluar la unidad nacional no sólo contra España sino también frente a Estados Unidos, asunto delicado en una circunstancia donde la fuerza ideológica del reformismo/anexionismo se suma a la admiración sincera del *american way of life*, que se traduce en simpatía confusa por las propuestas anexionistas. En un contexto donde la cobarde base productiva y la dependencia mercantil bloquean la emergencia de actores sociales identificados con la autodeterminación económica, volviendo inviable e inútil colocar en términos económicos la amenaza estadounidense, el cubano cambió el enfoque hacia un cuestionamiento del propio padrón civilizatorio occidental, asentado en el rechazo cultural al capitalismo que desarrolló en los años en que vivió en Estados Unidos (1880-1895).

co del pensamiento martiano en todas sus dimensiones. Desde el punto de vista civilizatorio, lo lleva a rechazar el materialismo característico del capitalismo en Europa y en Estados Unidos en nombre de un proyecto de modernidad orientado por la búsqueda del equilibrio entre las dimensiones material y espiritual de la existencia. Desde el punto de vista de la estrategia política, propone para la guerra de independencia una alianza de clases referenciada en un proyecto nacional de contenido democrático, sintetizado en el lema: *con todos y para el bien de todos*. Desde el punto de vista filosófico, determina su rechazo al positivismo, corriente de ideas dominante en la América Latina de su tiempo y dotada, en este contexto, de un contenido progresista. Rechaza su materialismo sin abrazar el idealismo que sería su contraposición, pero busca a través de la propuesta de una *filosofía de relación* fundamentado en un sistema original que estaría a medio término. Desde el punto de vista geopolítico, proyecta un papel nodal para las Antillas en el devenir histórico contemporáneo a través de la noción, que veremos adelante, de *equilibrio del mundo*.

El fundamento de su rechazo a la modernidad occidental es una crítica al hombre moderno anclado en una visión trascendente de la existencia, sintetizado en la noción de *hombre natural*. Esta crítica conduce a una valorización del potencial civilizatorio del continente americano, donde Martí identifica en la región del mundo que denominó *Nuestra América*, el potencial civilizatorio de la realización humana. Así, *Nuestra América* no es sólo una denominación política distinta para el conjunto de países que se enfrenta con el expansionismo de los americanos del norte, sino que es también la proyección de un padrón civilizatorio alternativo para la humanidad. Según esta clasificación, la unidad continental emerge al mismo tiempo como condición política para preservar la soberanía de sus integrantes y horizonte utópico de una propuesta humanista original. La clave de la conjunción de este ideal político y humanista es la autoctonía como vía para la consumación de la formación continental, una vez que la realización del potencial histórico de la cultura americana residen simultáneamente una estrategia de equilibrio geopolítico mundial a través del expansionismo estadounidense, y un proyecto de hombre nuevo.